

La caja del cachimán

José María Fraguas De Pablo

La caja del cachimán

septem 
ediciones

La caja del cachimán

SEPTEM LITTERA

Primera edición: mayo, 2009

© 2009 José María Fraguas De Pablo
© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2009
e-mail: info@septemediciones.com
www.septemediciones.com
Blog: septemediciones.blogspot.com

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. La editorial no se hace responsable, en ningún caso, de las opiniones expresadas por el autor. La editorial no tiene obligación legal alguna de verificar ni la veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de los datos incluidos en el texto, por lo que carece de responsabilidad ante los posibles daños y perjuicios de toda naturaleza que pudieran derivarse de la utilización de aquéllos o que puedan deberse a la posible ilicitud, carácter lesivo, falta de veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de la información proporcionada.

DISEÑO CUBIERTA Y COMPAGINACIÓN: M&R Studio

ISBN: 978-84-92536-31-3

D. L.: M-____-2009

Impreso en España — *Printed in Spain*

*A la verdad sin olvido
ni desmemoria.*

1

Mateo contaba las paradas de Metro que faltaban para que Laura subiera al vagón. Únicamente subía ella en la estación de costumbre. Nadie la seguía con la mirada mientras entraba; ni un solo pasajero se percataba de su llegada, ni dejaba de observar lo que estuviera mirando: a los peatones, a las musarañas o a los anuncios del andén, ni siquiera cuando se sentaba se sentía su presencia. Fue por esa indiferencia que despertaba por lo que un buen día comenzó Mateo a suponer su vida, por puro entretenimiento.

Era inútil interesarse por aquella mujer. Tan previsible su comportamiento, vulgar, ramplón. Nadie mejor que su persona, sería capaz de conseguir desactivar una mínima actitud de curiosidad hacia ella. Imperceptible a veces, ajena las más, tenía la cualidad de ser sin hallarse, de transparentarse por inapreciable y también por delgada. Seguramente su presencia nunca figuraría en los recuentos de los asistentes a un lugar, ni dejaría señal o indicio, ni rastro en nadie como para recordar su estancia.

Iba hacia el trabajo a retirar sus enseres y a por el finiquito. Por si fuera poco, la tarde anterior había firmado la separación con su ex para comenzar un nuevo estado civil: divorciado.

El trayecto acostumbrado dejó de ser monótono para resultarle incluso entretenido. Mirándola, no podía imaginar o adivinar su formación, condición social o dato

relevante, tampoco la edad: más de treinta y menos de cuarenta, quizá.

Al menos durante tres años, sin incluir las fechas de vacaciones y los fines de semana, ninguno de los dos faltaron en los asientos uno frente a otro junto a las puertas. Ella a favor del sentido de la marcha, él de espaldas a la máquina del tren. A las ocho y diez entraba, y bajaba siete paradas después, a las nueve menos veinte.

Aquella mañana para Mateo sería la del último encuentro. Iba a recoger la liquidación al trabajo ya que le habían despedido con una baja incentivada y no volvería a estar más en aquel vagón. En el bolsillo de su chaqueta aún traía consigo la copia del acuerdo de separación que la tarde anterior había firmado ante notario con su ex mujer para iniciar los trámites de divorcio. Todo era tan distinto cuando empezó a percatarse de su presencia y a observarla; estaba enamorado y casado, tenía un buen trabajo... Se preguntaba si ella también habría experimentado cambios tan determinantes en su vida como los suyos durante estos años, cuando, como todos los días, se sentó frente a Mateo. Unos zapatos blancos tapaban sus calcetines con los colores del arco iris, mitad bailarinas mitad de colegiala, con tira por el empeine y botón. Más arriba unos pantalones vaqueros, planchados y con raya que no estaban ni gastados ni nuevos pero algo sucios. Un trozo de cinturón irisado, como los calcetines, asomaba por debajo de su blusa blanca traslúcida que le caía sobre los tejanos y que dejaba entrever un sujetador blanco muy pegado a la axila. Sus manos venosas y toscas tenían ese día, sin embargo, varios anillos que le hacían los dedos más largos y armoniosos. Su pelo

marrón, suelto por la cara, ni liso ni rizado, limpio pero sin brillo, sujetado, como siempre, por unas gafas muy claras casi incoloras que parecían de sol. Agarraba con la mano derecha un libro de crimen y misterio, *Vestido para la muerte*, de Donna León, la creadora del comisario veneciano Guido Brunetti. La izquierda colgaba del asa de un bolso blanco enorme que se asentaba en su hombro.